

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Pelea tus batallas» del autor Jonathan Evans.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/pelea-tus-batallas>

Para mayor información puedes comunicarte con
nosotros por el correo info@editorialunilit.com




**PELEA
TUS
BATALLAS
JONATHAN
EVANS**

CONTENIDO

Manual de estrategia de cada cristiano para la victoria . . .	xi
CAPÍTULO 1: Enfrenta a los gigantes	1
CAPÍTULO 2: Sediento	19
CAPÍTULO 3: Pelea a la manera de Dios	33
CAPÍTULO 4: Mantente cerca	53
CAPÍTULO 5: Más alto de lo que piensas	71
CAPÍTULO 6: Cerca del fuego	91
CAPÍTULO 7: Más que un creyente	111
CAPÍTULO 8: De la seguridad a la fe	127
CAPÍTULO 9: Construye para el pronóstico	139
CAPÍTULO 10: Da un paso atrás	155
CAPÍTULO 11: Levanta la jabalina	169
CAPÍTULO 12: De la prueba al testimonio	181
Versiones bíblicas usadas en este libro	203



**MANUAL DE ESTRATEGIA
DE CADA CRISTIANO
PARA LA VICTORIA**



Todos libramos alguna batalla. Todos. Mi padre, el pastor Tony Evans, me ha dicho a menudo: «O estás en medio de una batalla, de camino a una batalla o acabas de salir de una».

Así es la vida. Si no han llegado todavía, las pruebas y las tribulaciones van en dirección a ti. Y como la correspondencia que recibes está marcada «Residente», al problema no le importa quién vive donde vives. Sin embargo, tiene tu dirección.

Hace poco yo mismo luché con algunas cosas en mi propia transformación. Una de las más difíciles fue la de perder a siete familiares cercanos por muerte repentina o enfermedad larga en menos de dos años, entre ellos mi madre. La observé luchar con el cáncer valientemente, vi cómo su fe la sostuvo y cómo Dios la fortaleció aun cuando su cuerpo se debilitaba. También he visto lo que Dios ha hecho para sostenerme a mí y a mi familia a través de todo esto.

Esas batallas de veras me desafiaron a pensar acerca de lo que significa pelear a la manera de Dios, confiando en su poder y no en el mío. Con este libro quiero procesar contigo lo que he aprendido acerca de las batallas que todos enfrentamos. Hay lecciones que se hacen claras solo a través de pruebas y tribulaciones. Esas lecciones nos preparan para lidiar mejor con los tiempos difíciles, pelear la buena batalla y perseverar hacia el propósito al que nos llama Dios.

Ya puedo ver que algunas cosas son fundamentales.

La victoria comienza con la batalla. Quizá digas: «Estoy en medio de un problema ahora», pero no olvides que el problema es el precursor de tu milagro. Todo el que ama y sirve a Dios irá de la prueba al testimonio. Así es la fe. Primero viene la batalla, luego la victoria. La prueba fortalece tu fe en Él; la victoria solidifica tu historia con Él.

Las batallas son necesarias para ganar terreno. En los tiempos bíblicos, las tribus y naciones se peleaban a menudo por la extensión de las tierras: intentaban añadir nuevas tierras o defender las suyas para que no se las quitaran. Pocas veces vamos a la guerra por límites de propiedad física, pero sí lo hacemos en lo espiritual. Lo hacemos en lo emocional. Lo hacemos en lo relacional. En nuestras vidas, trabajos, familias y ministerios, estamos luchando para proteger y hacer progresar lo que Dios ha reservado para nosotros.

Dios tiene un nuevo terreno para que ganes, pero esto nunca viene con facilidad. Hay que pelear. La tierra, las promesas y las experiencias que son parte de tu propósito solo vienen cuando te levantas y peleas.

Dios no es un malgastador. Una pregunta común en medio del calor de una batalla es por qué. *¿Por qué tengo que atravesar por esto? ¿Por qué esta persona a quien amo tiene que atravesar por esto?*

«Esto» puede ser cualquier dificultad: enfermedad, ejecución hipotecaria, divorcio, abuso, rechazo, soledad, depresión, pérdida. Dios no te dejará vacío y no te dejará atrás. Esas experiencias son las que Él está usando para construir un futuro que te llene y que haga hacer progresar su reino.

Saber que Él no deja que nada se desperdicie puede ayudarte a atravesar los valles, como lo está haciendo conmigo y mi familia.

Dios no desperdicia las cosas que te sobrecargan.

No desperdicia las cosas que te cansan.

No desperdicia las pruebas.

¿Estás ahora mismo en un pozo profundo? ¿Ha permitido Dios que una gran miseria venga a tu vida? Entonces, ten esperanza. Su intención es lograr un gran ministerio *por medio de ti*. La

profundidad de ese hoyo a menudo representa la altura a la que Dios quiere llevarte.

Estas verdades, y muchas otras, las veremos en profundidad en este libro. Sin embargo, cada historia que narro aquí, y cada pasaje bíblico que estudiaremos, tiene un mensaje principal: *Depende de Dios. Todas tus batallas le pertenecen*. Lo dice en 2 Crónicas 20:15: «No temáis, ni os acobardéis delante de esta gran multitud, porque la batalla no es vuestra, sino de Dios».

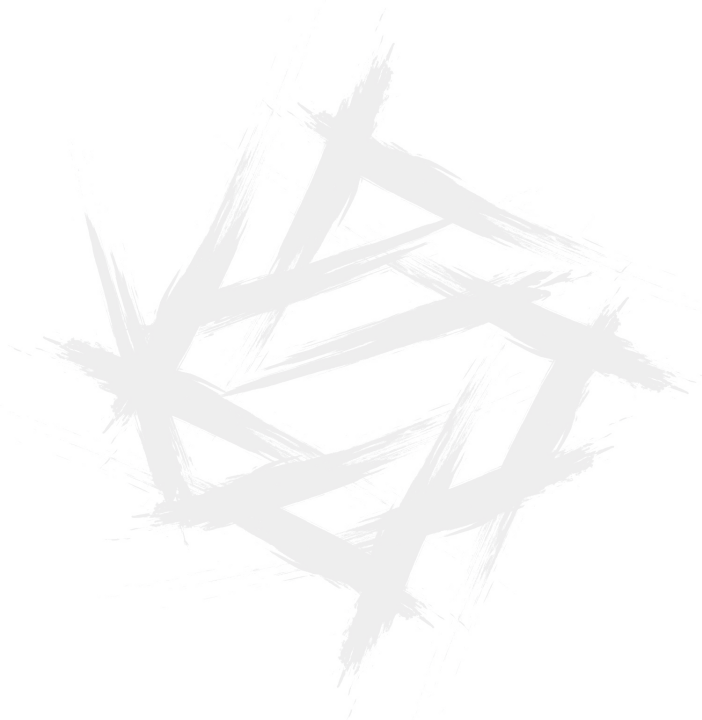
Tú y yo tendremos que enfrentar enemigos más allá de lo que podemos soportar. Batallas más allá de las que podemos librar. Preguntas más allá de las que podemos responder. Toda esa oposición nos ayuda a reconocer nuestra necesidad de Aquel que puede vencer por nosotros.

Sea dónde estés, hermano... cualquiera que sea tu batalla, hermana... depende de Dios que pelea por ti. Él puede hacer cosas mayores en ti y a través de ti que lo que crees posible, porque cada batalla que libras es su batalla.



CAPÍTULO 1

ENFRENTA A LOS GIGANTES



Mi esposa, Kanika, y yo pusimos a nuestro hijo Jonathan II (le llamamos J2) en un equipo de fútbol americano de verdad (fútbol de placar o derribar) cuando tenía ocho años. Un motivo porque lo quise hacer es que, a esa edad, los jugadores son como pelotitas de algodón que se golpean unas a otras. Lo que quiero decir es que los niños de ocho años tienen protectores, pero no derriban. En esencia, se abrazan unos a otros tratando de echarse el uno al otro al suelo. Así es que se acostumbran al juego.

No quise esperar a que J2 tuviera doce años para ponerlo en fútbol de verdad, pues ya a esa edad los varones traen un poco más de violencia, y es probable que él no saliera ileso del juego. Sin embargo, incluso con ocho años, era inteligente. Sabía pensar. Y cuando llegamos al campo donde jugaría su primer juego, J2 corrió para revisarlo todo. Tan pronto como vio a los jugadores del otro equipo, dijo:

—Papá, ¡hay tipos grandes ahí! Son mayores que yo.

Y el papá dentro de mí se levantó. Todo el que me conoce sabe que no fue el «papá compasivo» el que miraba a mi hijo en ese

momento. Fue el «papá competitivo», el que había jugado fútbol profesional con la NFL [por sus siglas en inglés de la Liga Nacional de Fútbol Americano].

—¿Y qué? —le dije.

—No, papá, mira... —J2 señaló a un par de jugadores del equipo contrario calentándose—. Mira el que recibe el balón.

Entonces, se le desorbitaron los ojos.

—¡Mira lo rápido que es aquel otro!

Aquí estaba mi hijo, de pie en el lateral, analizando a sus oponentes antes de su primer juego. Todavía no se había puesto los protectores, no había calentado, pero ya estaba preocupado por la competencia. El problema es que mientras estaba ocupado analizando a sus gigantes, se olvidó de sí mismo. Se olvidó de que puede agarrar cualquier cosa que alguien le tire. Que es un atleta natural. Que es alto y delgaducho. Y sobre todo, ¡que el chico tiene *empuje*!

Tuve que ponerle *eso* en la cara, mostrarle quién es, a fin de que pudiera recordarlo y estar listo para el juego.

Uso esta analogía para que pienses en tu propia vida. Cuando tienes un desafío delante de ti, ¿cómo lo ves? Cuando la vida te llega con una especie de gigante, ¿tu perspectiva se basa en tu desafío o en tu llamado? ¿Lo percibes como una oposición o como una oportunidad? ¿Vives tu vida en función del tamaño de tus problemas o del tamaño de tu propósito?

Tu llamado es la expresión completa de tus características, dones y habilidades únicos que Dios ha incorporado en ti, incluyendo tus pasiones y experiencias. Cada vez que traes todo lo que eres en obediencia a las oportunidades que Dios te da y la oposición que el enemigo te lanza, estás obrando en tu llamado. Sin embargo, siempre es para su gloria y su manual de estrategia, a fin de que su reino continúe ganando terreno. Nunca es para tu avance personal. Ese avance es solo un beneficio secundario del avance del reino de Dios.

¡Reclutado!

En la Biblia, me gusta David debido a que recordaba quién era mientras se enfrentaba a todo tipo de adversarios. Todos lo conocen como el poco valorado que se enfrentó a un gigante real y ganó, pero David también podría decir mucho sobre cómo superar la lucha familiar. Se enfrentó a la oposición en casa, no solo en el campo de batalla.

Para empezar, David era el hijo menor de una familia grande. También era el más bajito de todos, un «pequeñito» en comparación con sus hermanos. Entre su juventud y su tamaño, nadie en su vida lo tomaba en serio. Ni siquiera su propio padre, Isaí. Es más, cuando el profeta Samuel se presentó en Belén para ungir al futuro rey de Israel entre los hijos de Isaí, el anciano le presentó a Samuel a todos sus hijos *excepto* a David. Se veían bien, altos e intimidantes, al igual que el actual rey de Israel, Saúl. Sin embargo, en 1 Samuel 16:14 se nos dice que el Espíritu de Dios abandonó a Saúl debido a su desobediencia. En otras palabras, Dios tenía sus ojos puestos en otras calificaciones para el sucesor de Saúl.

El Señor no estaba pensando: *Si mide por lo menos 1,90 metros, será un verdadero candidato para el puesto*. No. El enfoque de Dios estaba en características como el corazón, la humildad y la fe. Así que una vez que Samuel llegó al final de la fila y el Señor todavía no le había dicho: «Es este», el profeta preguntó: «¿No hay otro?».

Lo que Isaí dijo fue: «Bueno, sí, tengo un hijo más. El menor. Está en el campo cuidando las ovejas...». Sin embargo, estoy bastante seguro de que el padre de David *quería* decir: «Pero ese no es el que buscas. Solo tiene quince años. No es más alto que un poste de una cerca. Y escribe poemas y música bajo las estrellas. No es lo que consideraría un buen candidato para rey».

Si el propio padre de David lo descalificó, ¿por qué no lo descalificaría todo el mundo? Si el propio padre de David no creía que

su hijo menor tuviera posibilidades de ser elegido para sustituir al rey Saúl, ¿quién lo haría? Sin embargo, el Señor le dijo a Samuel: «Levántate, úngele; porque este es» (16:12).

Con tu elección viene tu llamado. El Dios que escogió a David para su equipo es el Dios que te escoge a ti. La diferencia es que una vez que eres parte del equipo de Dios, no solo te quedas como jugador a sus ojos. Te conviertes en su familia. Para parafrasear Efesios 1: «Dios te escogió. Te bendijo. Te adoptó. Te redimió» (versículos 3-7).

Con su elección también vendrán tus desafíos, y esos desafíos son el escenario en el cual mostrar aquello para lo que te eligieron: ¡ganar! Tienes el llamado a vencer cualquier cosa y a cualquiera que se te oponga. Tu apellido se convierte en Victoria, no en Víctima.

A fin de que puedas recordar y estar listo para *tus* batallas, Dios pone versículos como estos frente a ti, para mostrarte quién eres:

- 1 Juan 5:4: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo».
- Juan 16:33: [Jesús dijo:] «En el mundo tenéis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo».
- Romanos 8:37: «Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó».
- Romanos 8:30: «A los que [Dios] predestinó, a esos también llamó; y a los que llamó, a esos también justificó; y a los que justificó, a esos también glorificó».

Lo que vemos en David aquí en 1 Samuel 16, justo después que le llamaran, también se puede ver a lo largo de su vida si se lee toda su historia: *de nuestro llamado viene nuestra confianza*. El llamado es clave porque lo que eres anula a quien sea que te enfrentes. Puede que te enfrentes a alguien que dice ser tu amigo, pero que no actúa como tal. Puede que te enfrentes a un jefe hostil, a alguien que te odia en las redes sociales, a un rival

en los negocios poco ético o incluso a tu propia familia. Sea quien sea que esté en tu contra, Dios te respalda. Él te escogió. Y ahora, como uno de sus elegidos, tienes acceso a todos los recursos del equipo: el entrenamiento, el apoyo, la camaradería y el Manual de estrategia más ganador del universo, la Palabra de Dios. Más aún, heredaste todo el poder y la autoridad que trae consigo el apellido. Sin embargo, también significa que se espera que vivas así.

La presión es mucha si tratas de hacerlo por tu cuenta.

Gracias a Dios que no tenemos que hacerlo solos. Los que Él llama son los que Él equipa. Los que Él llama son los que Él prepara: «Entonces Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos [de David]; y el Espíritu del SEÑOR vino poderosamente sobre David desde aquel día en adelante» (1 Samuel 16:13).

El Espíritu del Señor estaba sobre él. Desde ese día en adelante. Esa es la diferencia en la vida de cualquier cristiano.

Nadie tomó en serio a David, excepto Dios. Sin embargo, justo ahí estaba la ventaja de David. Puede que le faltaran centímetros, pero su fe se sobresalía por encima de la de todos los demás, pues *el Espíritu del Señor estaba sobre él*. Tenía la seguridad de la Fuente de su fortaleza. Sabía que el suministro del Espíritu nunca fallaría. Todo esto le dio un valor como nadie más. «¿De dónde vendrá mi socorro?», escribiría después. «Mi socorro viene del SEÑOR, que hizo los cielos y la tierra» (Salmo 121:1-2).

Su poder, su presencia

Avancemos unos años. David ha estado dividiendo su tiempo entre cuidar los rebaños de su padre y servir en la corte de Saúl como su músico principal. Un día, Isaí le pide que les lleve víveres a sus tres hermanos mayores, quienes servían en el ejército de Saúl contra los filisteos. David llega al campamento israelita justo cuando los dos ejércitos se preparan para otro día de batalla en lados opuestos del valle de Ela. Ahí es cuando comienza el espectáculo.

La máquina de matar de los filisteos de casi tres metros de alto, Goliat, sale de su tienda y grita a través del valle, desafiando a que cualquiera de Israel luchara en su contra. Ya lo venía haciendo durante cuarenta días seguidos con su profunda voz resonando en las montañas. Tampoco se limita a pavonearse. Lleva una armadura de bronce para aumentar un poco el factor de intimidación, con un escudero a su lado que lleva la enorme lanza de Goliat.

En realidad, nunca había pensado en esto, pero ese escudero de Goliat sostenía la lanza de Goliat hasta que él la necesitara. Eso no solo me dijo que el problema era grande, sino que a este le gustaba alardear. El gigante estaba alardeando. Y los hombres de la primera línea le creyeron el acto. Cada vez se daban vuelta y corrían para cubrirse. *El juego terminaba antes de empezar.*

Por supuesto, esto hacía que Goliat fuera aún más arrogante. Como cualquier matón, no paraba de subir el tono, maldiciendo a Dios y burlándose del ejército del pueblo de Dios... una y otra vez.

Sin embargo, no solo eran los hombres de Saúl. Ni siquiera el propio Saúl estaba dispuesto a enfrentarse al campeón de guerra filisteo. ¿Sabes lo que dijo el gobernante de Israel? Lo mismo que dijo mi hijo cuando vio a algunos de los jugadores del otro equipo: «¡Cielos! ¿Ves a ese tipo? ¿Ves lo grande que es? ¡No puede perder!».

Cada vez que nosotros, como pueblo de Dios, retrocedemos, el gigante crece ante nuestros ojos. Y a medida que nuestro problema crece, el Dios al que servimos parece cada vez más pequeño.

Por eso el valor necesita un llamado, para que no lo olvidemos. Para que nos detengamos y digamos: «¡Oye, espera un momento! Soy un guerrero del ejército del Dios vivo, y un miembro de la familia real». Que Dios nos llame significa que su poder está en nosotros cada vez que nos enfrentamos a un gigante. Que Dios nos llame significa que su poder va con nosotros en cada batalla. Y donde está su poder, está su presencia.

Sin embargo, tenemos que recordar. David recordó. Tan pronto como escuchó las palabras de Goliath, se enojó. Se enfureció. «¡Déjenmelo a mí!».

Sus hermanos pusieron los ojos en blanco. *El hermanito, tratando de ser un gran hombre y probarse a sí mismo*. Lo que esos jóvenes no entendían era que David no quería demostrar lo que podía hacer. Estaba dispuesto a probar lo que Dios podía hacer.

El llamado monstruoso que Dios puso *sobre ti* es que Dios tiene gigantes que vencer *por medio de ti*. Así que cuando se rompa el *buddle* [círculo cerrado que forman los jugadores antes de una jugada para motivarse o preparar la jugada], mejor será que lo hagas más preocupado por el llamado que por el problema, entendiendo que la razón por la que tienes un problema, la razón por la que te enfrentas a un gigante, es que tienes un llamado.

Cuanto mayor sea tu problema, mayor será tu llamado.

Recuerdo la primera vez que mis hermanos y yo nos enteramos del diagnóstico de mi mamá. Los médicos sabían que no había nada más que pudieran hacer para salvarle la vida, pero no sabían cuánto tiempo viviría. Podría ser de tres meses a seis meses. Podría ser de un año a un año y medio. Así que no sería mucho tiempo. Al mirar los resultados de las pruebas, sus plazos diferían, pero todos estaban de acuerdo: «La Sra. Evans va a perder la batalla».

Cuando mamá vio nuestra reacción, fue directa a: «Vaya, ¡esto es una guerra espiritual. Tenemos que recordar a lo que nos enfrentamos». Mi madre era muy consciente de que la verdadera batalla no iba a ser física. Por difícil que fuera, la habían llamado a pelear una guerra de fe, y les recordó esto a mi papá y a cada uno de nosotros sus hijos.

Ese es el tipo de personas que necesitamos tener cerca: personas con corazones que escuchen a Dios en lugar de lo que dicen los médicos o a la apariencia de nuestro enemigo. No podemos dejar que los gritos o las amenazas del gigante nos hagan huir de nuestro llamado. Ese fue el encargo de mi madre para nosotros como familia: No miren tanto al gigante que se enfaden y huyan de

aquello a que los ha llamado Dios. Los campeones se mantienen firmes y pelean.

Déjame preguntarte de nuevo: Mientras examinas el campo de tu vida, ¿cuál es tu perspectiva desde donde estás parado? ¿Tu perspectiva se basa en tu problema o en tu llamado? ¿En tu lucha o en tu suministro? ¿Estás viendo el tamaño de tu oponente o el tamaño de tu oportunidad con el Espíritu de Dios en ti?

Una posición de cambio

En el buen sentido, la perspectiva de David a lo largo de su vida fue una locura. Su actitud era: «¡Veó lo que tú ves, pero no lo veo como tú lo ves!». Su padre y sus hermanos dudaron de él, Saúl dudaba de él y Goliat dudaba de él. No importaba. La fe de David estaba en Dios. Contaba con Aquel que lo llamó.

Si solo ves el obstáculo que tienes delante, dejarás que el obstáculo te venza. Serás un quejica, no un vencedor. Un incrédulo, no un guerrero. David recordó tanto su llamado como su cobertura. Su historia trata sobre un cambio de posición y de perspectiva.

Con cada gigante, nuestro enfoque cambia a medida que cambia nuestra posición. A medida que estamos más seguros de quiénes somos en Cristo, vemos cada vez más quién no es nuestro gigante. Esto es lo que hizo que David dijera: «¿Quién es este filisteo incircunciso para desafiar a los escuadrones del Dios viviente?» (1 Samuel 17:26). David estaba bajo la cobertura del pacto de Dios con Israel.

De bebíta, mi sobrina menor, Kariss, le tenía miedo al perro de la familia, Salomón. Para ella, el perro era una bestia. No importaba que Salomón fuera un caniche.

Salomón era un caniche en todo sentido de la palabra. No había nada de feroz en él. Sin embargo, como Kariss era pequeña, tan pronto como el perro se le acercaba, se enloquecía y gritaba: «¡Papi, papi, levántame!».

Un día, mi papá la levantó mientras que Salomón ladraba. Mi sobrina miró al perro... y luego a papi. Miró al perro... miró a

papi... miró al perro, y de repente se pudo ver cómo se encendía la luz. Comenzó a reírse de Salomón: «Nanay, nanay, nanay».

Todo su enfoque cambió. ¿Sabes por qué? Porque su posición cambió. Se dio cuenta del significado de los brazos de su abuelo. Estar en los brazos de su abuelo cambió su forma de ver su problema.

El problema no se fue. El perro no dejó de ladrar, y Goliat no dejó de amenazar tampoco. Sin embargo, Kariss y David estaban cubiertos. Estaban a salvo.

El problema no es el problema. Sin embargo, para que no te controle el problema, debes tener una perspectiva que viene de cierta posición. David tenía esta confianza: *Soy hijo de Dios. Mi cabeza se ungió con aceite. Su Espíritu está sobre mí. Tengo un pacto con Dios, y mi pueblo tiene un pacto con Dios.*

Al mismo tiempo, pudo ver que la armadura, el escudero, las grandes armas, nada de eso podía proteger a Goliat. Para David, el hecho de que su contrincante era incircunciso significaba mucho más que todo lo que veían los demás. *Goliat no estaba cubierto por el pacto.*

Eso era lo que significaba la circuncisión para el pueblo de Israel: estar en pacto con Dios. Ahí es donde entran todos esos pasajes bíblicos del Nuevo Testamento acerca de ser un vencedor, un hijo de Dios justificado, glorificado, escogido y redimido. Tiene que ver con tu pacto con Dios y su pacto contigo. Una vez que te has dedicado al Señor, estás cubierto por la dedicación de Él a ti.

Goliat no estaba en pacto con Dios. Tampoco lo estaba su pueblo. No tenían las promesas del Señor. Así que Goliat era vulnerable en formas que no se daba cuenta. La cobertura de David, en cambio, era impenetrable. Estaba a salvo por completo.

Y tú también, hijo o hija de Dios. Tu problema está flotando sobre ti. Es una gran nube tormentosa. Los rayos han comenzado a caer, los truenos suenan y estás bajo una fuerte lluvia. ¿Cuál es tu enfoque, tu respuesta? ¿Piensas en el problema o en tu posición? Si estás ocupado pensando acerca de la tormenta y lo que sucede a tu

alrededor, el problema está controlando tu enfoque. Te ahogará en el problema.

Mi familia y yo pudimos habernos ahogado mientras mamá empeoraba. La lluvia vino con cada vez más rapidez. Sin embargo, Dios le permite a cada uno de sus hijos e hijas saber que, basado en la obra de Jesús y la unción de Dios en tu vida, estás en posición de atravesar cualquier tormenta y vencer a cualquier gigante. Puede que esté lloviendo, pero abre el paraguas del pacto de Dios y entiende que, aunque haya tormenta, estás cubierto.

Ve con Dios

Contrasta el enfoque de David con el de Saúl. Saúl era el rey del pueblo del pacto de Dios y sabía que los filisteos eran incircuncisos. Aun así, Saúl estaba preocupado. David no solo era pequeño para su edad, sino que también era demasiado joven para la batalla. (En el antiguo Israel, había que tener veinte años para alistarse). El rey en realidad le dijo a David:

Goliat ocupaba el puesto número uno en el mundo. Había estado peleando guerras desde antes de que naciera David. Así que Saúl tenía razón, *David* no podía ganar. Sin embargo, el muchacho sabía cómo conseguir la victoria: «El SEÑOR [...] me librará de la mano de este filisteo» (versículo 37).

En otras palabras, *Dios puede*. Nosotros no.

David había entendido el mensaje.

Luego, Saúl le ofreció a David su propia armadura. En esencia, trató de hacer a David más grande. ¿No es eso lo que hacemos cuando medimos a los gigantes desde la barrera? ¿No es así como nos preparamos para la batalla con nuestra propia fuerza? Tratamos de hacer que nosotros mismos (o nuestro hombre) parezcamos más grandes. Pensamos: *Si tuviera más dinero, más influencia, más seguidores, más ideas, más miembros, más, más, más, quizá tendría más posibilidades de ganar*. Como es obvio, Saúl pensó de la misma manera que nosotros.

Saúl armó a David hasta los dientes. Incluso le dio su casco de bronce y su espada. El pastor-cantante debía parecer un

niño de tres años intentando ponerse un uniforme de la NFL. ¡De ninguna manera podría pelear con eso! David optó por ir a pelear en la grandeza del que lo había llamado. Decidió confiar en Él para derrotar a Goliat.

Tomando su honda, David recogió algunas piedras pequeñas y se encaminó hacia el campamento filisteo. El niño que no pudo cargar el peso del uniforme de un guerrero, sería el que vencería al gigante. El principiante, con la fe de una gran roca, saldría al campo con la confianza del campeón de Supertazón, Tom Brady.

¿Cómo podría? Recordó su llamado. *Soy más que vencedor*. Recordó su cobertura. Me puedo imaginar a David diciéndose: «Si Dios dice que esto es lo que soy y me protege, ¿cómo no voy a enfrentarme a este gigante con quien me ha llamado a luchar?».

No importaba a quién ni a qué se enfrentaba. David estaba listo. Iría con Dios, y Dios iría con él.

Recuerda tu testimonio

No solo necesitamos mantener nuestro llamado frente a nosotros y nuestra cobertura sobre nosotros, sino que no podemos olvidar nuestro testimonio. Nuestro testimonio es lo que Dios hizo por nosotros y por medio de nosotros en el pasado. Lo que vimos hacer a Dios ayer produce nuestra valentía para hoy.

David estaba lleno de confianza precisamente por esta razón: Había visto a Dios obrar a lo largo de su vida.

¿Cuál era el trabajo de David antes de ser el rey de Israel? Pastor de ovejas. ¿Cuál es el trabajo de un pastor? Guiar las ovejas. Protegerlas. Proveer para ellas. Y sí, limpiar sus suciedades. Así que cuando Saúl le dijo: «Tú no puedes ir contra este filisteo a pelear con él, porque tú eres un muchacho», David hizo referencia a su trabajo anterior como pastor de las ovejas de su padre: «El SEÑOR, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me librará de la mano de este filisteo» (versículo 37).

David no tenía ninguna duda de que Aquel que lo llamó a la batalla pelearía por él en medio de ella. David no tenía ninguna

duda de que Aquel que vino en su ayuda en el pasado iba a estar en la batalla con él ahora.

En tu batalla hoy, no puedes olvidar de dónde te ha traído Dios.

Cuando llegó el momento de enfrentarse a Goliat, 1 Samuel 17:48 dice: «David se dio prisa, y corrió a la línea de batalla contra el filisteo» (RVR60). Corrió hacia la batalla, pues aunque este contrincante era más grande que el león y que el oso, el Dios de David era el Todopoderoso, el Señor del cielo y de la tierra, el Salvador fiel que nunca falla. El Señor haría de nuevo lo que el Señor siempre ha hecho.

Escucha, el reto que tienes por delante es la escalera a tu ascenso. No dejes que lo que está en tu camino te obligue a no llegar al próximo nivel.

A menudo, a Dios le gusta ascendernos en el reto antes de ascendernos en el llamado. En otras palabras, debes ir a la entrevista antes de que te den el empleo. Es como si Él te dijera: «Necesito saber si te mantendrás fiel, si continuarás confiando en mí por fe, no por vista, con la bestia que te amenaza ahora».

Al principio de la temporada de fútbol de J2 el año siguiente, su equipo estaba a punto de enfrentarse al mismo rival. Así que yo le mostré su juego del año anterior para ayudarlo a recordar: *Hoy te están ascendiendo*. Mi punto fue: Hijo, ¿cuál es el motivo por el que ves un reto mayor? ¿Cuál es el motivo por el que tu rival parece mayor que antes? Es porque tienes un llamado mayor.

Si piensas en eso acerca de tu propia vida, si piensas acerca de quién Dios dice que eres y lo que ya has podido lograr a causa de su obra en ti, te darás cuenta: ¡Muy bien! Déjame pasar esta prueba para lograr llegar al próximo nivel *al que me llama Dios*.

En la línea de batalla

El simple reconocimiento de tu llamado no significa que el gigante se irá. Solo significa que reconoces esto: *Mi llamado es mayor que mi gigante*.

Cuando David llegó al valle con solo una honda, Goliat lo miró y se rio. Eso es lo que hacen los viejos profesionales. En 1 Samuel 17:42 (NVI[®]) se nos dice que el veterano de guerra miró a David con desprecio, pues David «era apenas un muchacho». Un muchacho sin lanza, sin armadura, sin nada. *Como es obvio, un novato.*

¿Qué les sucede a los novatos? Los ponen en su lugar. Deben pasar por la iniciación. Y Goliat comienza a hablarle con desprecio y burlas, así como a todos los que representa.

David no pestañeó. Sabía de quién era la camiseta que usaba. «Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina», le dijo, «pero yo vengo a ti en el nombre del SEÑOR de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has desafiado. El SEÑOR te entregará hoy en mis manos, y yo te derribaré y te cortaré la cabeza».

Sin embargo, el guerrero de Dios no había terminado: «Daré hoy los cadáveres del ejército de los filisteos a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, para que toda la tierra sepa que hay Dios en Israel, y para que sepa toda esta asamblea que el SEÑOR no libra ni con espada ni con lanza; porque la batalla es del SEÑOR y Él os entregará en nuestras manos» (versículos 45-47).

Una y otra vez le dice: «El Señor lo hará. El Señor. El Señor. No depende de mí». Cada vez que algo se repite en la Escritura, presta atención. Es importante. Significa: ¡Esto es real! Algo grande está *a punto de suceder.*

Todos sabemos lo que sucedió después. Goliat da un paso hacia David, David corre hacia Goliat, lanza una piedra con su honda y el gigante cae. El versículo 49 dice: «La piedra quedó clavada en la frente, y cayó sobre su rostro en tierra» (RVR60).

¿Ves eso? Goliat cayó sobre su rostro.

En tierra.

Muerto.

El versículo 50 nos recuerda: «Así venció David al filisteo con honda y piedra [...] sin tener David espada en su mano» (RVR60). El poder de Dios, no el de los hombres.

Lo que David vio al analizar a su oponente es lo que nosotros tenemos que ver: el tamaño de nuestro gigante no se compara con el tamaño de nuestro Dios. Eso es lo que cambia el juego. Si el Espíritu del Señor está con nosotros, Él está sobre nosotros, en nosotros, sobre nosotros, detrás de nosotros y delante de nosotros. Esto significa que cuando salimos a pelear, llevamos con nosotros el poder y la presencia de Dios.

Piensa en tu propia vida y en el gigante al que te enfrentas. ¿Cómo lo ves?

Cualquiera que sea el gigante que tienes ante ti ahora, encontrarás el coraje para enfrentarlo cuando recuerdes. Cuando recuerdes tu llamado, tu cobertura, y tu testimonio. Como dije, recordar a Dios no quita el gigante de delante de ti. Solo significa que reconoces que el Dios que va contigo es mayor que el gigante que se te opone.

Su batalla

«La batalla es del SEÑOR». Esas fueron las palabras de David (versículo 47), pero también deben ser tu grito de batalla. Todas las batallas que enfrentamos le pertenecen a Dios.

En esos momentos en los que la batalla te golpea de veras y te sientes abrumado, casi siempre es por una de estas dos razones: O te enfrentas a la lucha por tu propia cuenta o has intentado adueñarte de lo que no es tuyo.

Correr hacia el gigante sin el poder de Dios te aplastará. Por ti mismo, no posees lo necesario para vencer. Yo no lo tuve, ni David, ni mi familia. Con Dios, sin embargo, cada uno de nosotros posee lo necesario. Debemos entrar en la batalla con su poder.

La segunda razón por la que podemos acabar abrumados es porque hemos asumido el papel de propietarios en lugar del de administradores. Se supone que tú y yo somos administradores de la batalla, no los dueños de la batalla. Así que reconoce quién es el verdadero dueño. Esta es una de esas declaraciones que liberan. El Dueño de la batalla es el Señor de la batalla. El Dueño

tiene el poder. Él puede derrotar a cualquiera o a cualquier cosa que venga en contra suya o en contra de su pueblo.

No importa lo que otros piensen, la batalla es del Señor. No importa lo que el gigante diga de ti, no importa que tu familia o tu jefe duden de ti, si la batalla es del Señor, no puedes perder. Puede que parezcas una pulga comparado con el gigante que enfrentas, pero las apariencias no ganan.

El Dios del cielo y de la tierra está contigo. El Guerrero de todos los tiempos pelea por ti. La batalla es del Señor.

Tu victoria es segura.